

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

LA VISIÓN DE LOS CRÍTICOS

Alejandro González Acosta

Este año se cumplieron 150 de la muerte en México del poeta cubano José María de Heredia (Santiago de Cuba, 1803, Ciudad de México, 1839). F. Muñoz del Monte le dedicó al desaparecer unos versos que retratan sólo una parte de la labor herediana:

Tú cantaste, el primero, la natura
De la tórrida zona, el fresco ambiente
Bajo un cielo de fuego, la verdura
Esmaltada, eternal, resplandeciente,
De la reina gentil de las Antillas;
Sus piñas, sus aromas orientales,
Y el néctar de sus cañas amarillas
Convertido en melíferos cristales.

Sólo un aspecto, el del "Cantor del Paisaje", que pone a un lado el de heraldo poético de la libertad cubana que también desempeñó. Si bien es cierto que Heredia colocó mediante su poesía un símbolo patrio cubano referido al paisaje, como es la palma real, que figura en el escudo nacional, también sintetizó la voluntad independentista en otro símbolo igualmente feliz, la estrella solitaria, que aparece en el lábaro cubano. Palma real -paisaje- y estrella solitaria -condición geográfica y política- forman, símbolos de ellos mismos, dos de los campos donde se mueve el poeta cubano.

Alguien de tanta entraña poética y cubana como José Lezama Lima, habla de tres momentos en la expresión poética de Heredia; el primero, "de aprendizaje clásico", con influencias directas de la formación paterna, que se expresa "En el Teocalli de Cholula", el mejor de sus poemas en el decir de Menéndez Pelayo, donde "la melancolía, las ruinas, las severas meditaciones ante las civilizaciones que desaparecen son expresadas [...] en una forma de evocación y de grandeza. Ese poema es como la llave mágica de un cubano para penetrar en el imponente recuerdo de los aztecas, penetra en esa civilización con la magia de un adolescente, como entre sueños. Es una manera cubana de penetrar, de llegar, de ir como despertando en el centro inefable de las cosas. El vapor, la emanación de la naturaleza se unen al sopor que va ganando al poeta para sorprender la metamorfosis de la ruina, todo se desliza como la sombra que abandona al cuerpo. Luego la misma sombra errante descubre un cuerpo, se apoya." A este seguiría un segundo momento, que coincide con su vuelta a la ciudad de Matanzas, influido por la relación con Domingo Delmonte, que acusa una "predilección por el teatro a pesar de su condición lírica", así como lecturas de Cienfuegos, Quintana y Nicasio Gallegos, que constituyen "influencias neoclásicas nocivas, contra su temperamento romántico" y que muestran sus

poemas "Placeres de la Melancolía" y la "Oda al Niágara", que escribe cuando su destierro en Estados Unidos, donde se relaciona con románticos ingleses y norteamericanos. Finalmente, un tercer momento "americano, a veces de pesimismo político, [con] acentuación de su sentido crítico [y donde realiza] traducciones, trabajos diversos en prosa, dirección de revistas. Predomina el tipo de poesía admonitoria, de constante alusión a héroes americanos." Son notables sus triunfos oratorios en esta etapa, así como sus ideas sobre la novela, que lo hacen el más importante crítico del momento.

Otro cubano, Manuel Pedro González, no duda en afirmar que Heredia es un "precursor romántico" cuando las letras hispanoamericanas vivían aún muy de cerca la imposición del canon clásico que aquél rompe, todo fuerza y pasión. El yo desmesurado y el espectáculo de la naturaleza desatada que aprecia este crítico en el poema "En una tempestad"—uno de los más logrados de Heredia— es común a otras de sus composiciones como "Al Sol", "Himno al Sol", "Estación de los Nortes" y "Proyecto", donde se evidencia una profunda compenetración entre la naturaleza y sus estados más violentos y el yo lírico del poeta. Manuel Pedro González sentencia que es Heredia "el heraldo de una nueva sensibilidad en lengua española" y por otra parte, "un personaje que parece creado por nuestro paisaje, una etapa sumergida en lo eterno de nuestra luminosidad."

Hombre puente entre dos épocas literarias, el Neoclásico y el Romanticismo, Heredia apunta en su obra y en su vida la indecisión y el tanteo de los que sepultan un viejo orden e inauguran otro nuevo. Si es cierto que hay en aquella tópicos del Neoclasicismo expirante, también se aprecian las influencias de Byron, el falso Ossian—James McPherson—, Rousseau, Chateaubriand, Lamartine y Walter Scott, así como de William Cullen Bryant ("A walk at Sunset") en "El Teocalli de Cholula", por citar sólo un caso.

Otto Olivera, en su libro *Cuba en su poesía*, coloca a Heredia como ejemplo de lo que denomina "la rebelión inicial", junto con el presbítero Félix Varela. Si éste, en frase memorable, "enseñó a pensar a los cubanos", no dudo en afirmar que Heredia mostró la forma cubana "de sentir". La ideología liberal, el racionalismo y el individualismo franceses, junto con los despuntes de la masonería en Cuba, nutren el espíritu de la clase media criolla, como núcleo de conspiración, y es Heredia el "exponente de un independentismo romántico y precoz no compartido por la mayoría de la población isleña, lo que es más, considerado inoportuno y atolondrado por muchos de los hombres que preparaba, con su enseñanza, la conciencia nacional [...] Junto a la poesía patriótica que por esa fecha se inicia en Heredia, se va a dar la poesía de la naturaleza, ofre-

ciéndose en ambas los elementos nacionales de su obra; pero tanto la una como la otra son, por supuesto, el desarrollo de tendencias anteriores bien perceptibles."

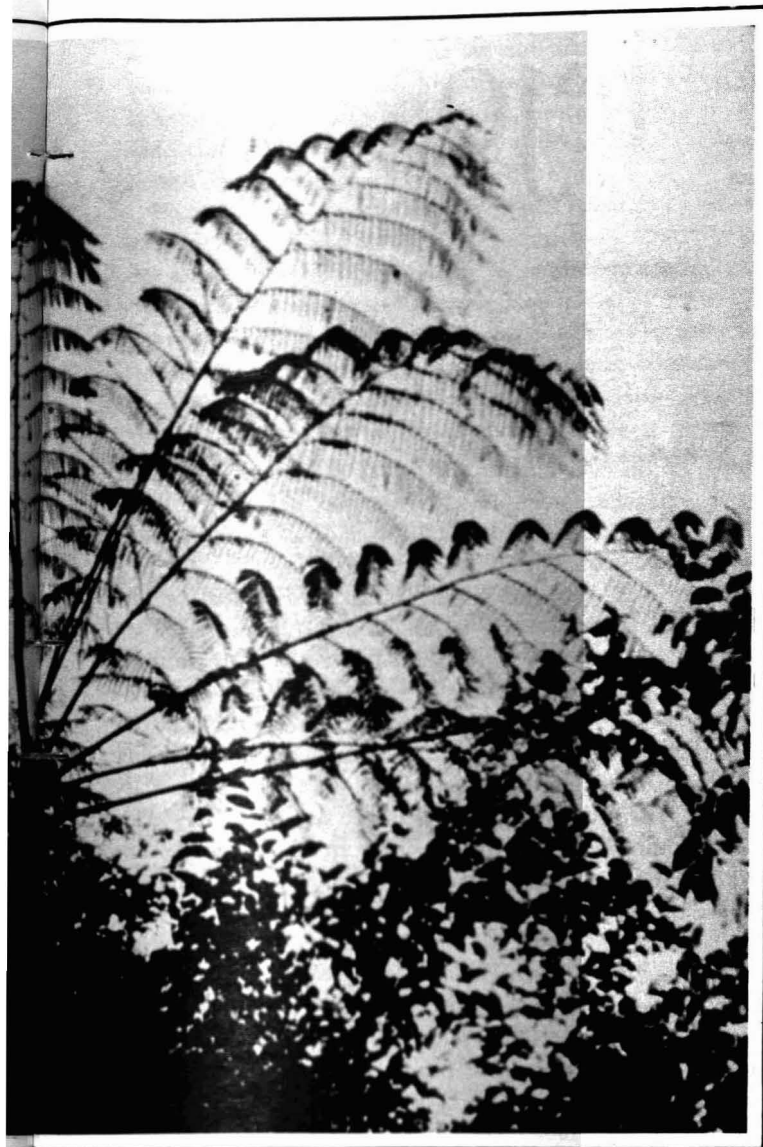
El poeta llega a la noción de cubanidad a través de la captación del paisaje, que aprecia diferente y por tanto, con una latente identidad que lo distingue, pues, señala Olivera, "como podía esperarse, la sensibilidad poética de Heredia capta el paisaje nativo antes que el ideal separatista, de modo que así se continúa el movimiento descriptivo isleño antes de iniciarse el libertario". Este apresamiento del paisaje no deja de tener una tendencia idealizadora de acuerdo con el ideario romántico naciente, dentro de la tendencia iniciada desde el siglo XVIII, en la cual Heredia, al decir de Samuel Feijóo, "desenvuelto en blancas estrofas suspirantes, incorporó a su riqueza sentimental el paisaje nativo, al que adoraba como ningún otro poeta antes que él y por el cual sufrió largamente en su exilio entre los países del yelo." En la "poesía nativista" que estudia Feijóo, Heredia "deja un rico legado a la indiana dirección de nuestra poética. Su indio es azteca y fastuoso como el de Zequeira." Aunque aún con ropajes clásicos que lo hacen utilizar el procedimiento enumerativo de Virgilio al describir el campo mexicano, Heredia apunta hacia otro rumbo, donde la pasión del creador es la marca definitiva del poema que ya no aspira como consagración al equilibrio y la medida, sino a todo lo contrario. Sin embargo, está muy lejos de aceptar los modelos clásicos como inefables y definitivos, pues como atinadamente señala Olivera, "el procedimiento estrictamente enumerativo con el que la simple adición —o reunión— de plantas y frutas crea el medio local, no existe en él, aunque aún se advierten sus huellas. En general la poesía de Heredia tiende a fundir los elementos individuales de la naturaleza en todo lo posible, creando así un paisaje que es como fusión de lo individual y no de su mera resultante matemática. En otras palabras, los elementos individuales, como en la realidad, forman parte del paisaje, no lo crean. De ahí el vigor de síntesis y de realidad emocional que, como en desarrollo de esa tendencia, poseen sus mejores composiciones."

El camino de frustraciones y caídas que atraviesa Heredia proviene de su propia condición de "desclasado" que señala José A. Portuondo, quien lo califica como un "patricio a quien el ansia de libertad llevó más allá de su clase, sin que pudiera hallar eco inmediato tampoco en la pequeña burguesía cubana de su tiempo. Sus versos patrióticos, declamatorios —verdaderos discursos rimados, a la manera superficial e hinchada de Quintana y de Gallego— resuenan en el silencio de una sociedad que no quiere, o no puede responderle." Sin embargo, esto no impide que sea Heredia el primer cantor de la independencia insular, el "iniciador de la poesía revolucionaria cubana", como señala Carbonell, "encarnación de los ritmos y cóleras de las viejas generaciones" y "poeta de motivos magnos", y su incompreensión por los protagonistas del momento hizo que "no tuvieran sus cantos revolucionarios trascendencia inmediata por la imprecisión del patriotismo cubano en su época."

Vida y obra van de la mano en Heredia: precoz en literatura como en política, conoce desde joven el destierro y después de un periplo por Estados Unidos, vuelve a México en 1825, aunque ya había estado en el país desde 1819, cuando vino con sus padres y escribió, con apenas 16 años, el poema "En el Teocalli de Cholula". Desde el primer momento en esta segunda estancia, se integra plenamente a los sucesos nacionales. Ingresa al país el 15 de septiembre al desembarcar en Alva-

rado, de ahí pasa a Veracruz, más tarde a Xalapa y llega a Puebla; al año siguiente, estrena su drama *Sila el día de la Virgen de Guadalupe*, y más tarde redacta el mensaje presidencial de Guadalupe Victoria para la clausura de las sesiones del Congreso, en 1826. En esta época es tan estrecha su amistad con el gobernante, que reside en el propio Palacio Nacional. Al año siguiente se le nombra juez en Veracruz, lo que provoca una polémica por su condición de extranjero y por su edad; al poco tiempo, es trasladado como juez de primera instancia del Valle de Cuernavaca y casa con Jacoba Yáñez, también un 15 de septiembre, en 1827. Se ve envuelto en dos disputas; una de ellas, donde protesta contra la expulsión de los españoles de México, por considerarla injusta, y otra por haber sufrido que se violara su correspondencia. Se declara partidario de Guerrero contra Gómez Pedraza, y a la victoria de éste, pierde su empleo. En septiembre de 1829 funda *Miscelánea*, que alcanza a aparecer cuatro veces, con cuarenta páginas en cada número, para formar dos tomos que Lezama Lima calificara de muy raros. Es nombrado capitán de la Compañía de Nacionales de Artillería de Tlalpan y combate a favor de Guerrero contra Bustamante, pero al ser derrotados, es destituido; su drama familiar recoge entonces sucesos como el fallecimiento de su hija y el nacimiento de otra. Al restablecerse el estado de justicia, es nombrado Oidor Interino de la





Audiencia de México, por lo cual se traslada de Tlalpan a Toluca, recién declarada capital del Estado de México, y allí edita *El Conservador*, semanario contra la dictadura militar. En esta época traduce la monumental obra de Tytler, *Lecciones de Historia Universal*, con el encabezado "Por el ciudadano José María de Heredia, Toluca, 1831." Al año siguiente edita personalmente sus *Poesías*, en dos tomos, también en Toluca, cuando se produce la revolución de Santa Anna, del que se declara en principio partidario. En 1833 es electo como diputado a Cortes, pero ya en julio de ese año renuncia por incompatibilidad con la política caudillesca de Santa Anna. En 1835 muere su segunda hija y nace su hijo José Francisco. Desencantado por los vaivenes de una política nacional que esperaba y deseaba mejor, libre de caudillismo y banderías, escribe una carta al gobernador de la isla de Cuba, el general Tacón, donde abjura de sus ideales independentistas y que ha dado origen a su "leyenda negra". Obtiene así permiso para visitar por dos meses a su madre enferma en Cuba y en enero de 1837 regresa a México, por el puerto de Veracruz. Caído en desgracia con Santa Anna, realiza labores como tipógrafo y muere el 7 de mayo de 1839 en la Ciudad de México. Primero es enterrado en el Santuario de María Santísima de los Ángeles y después sus restos son trasladados al cementerio de Santa Paula. Al clausurarse éste, son depositados en la fosa

común del cementerio del Tepeyac, donde se suponen extraviados.

Heredia, primera figura con verdadera dimensión literaria en la poesía cubana, expresa, según Olivera, "la agonía psíquica del criollo al tema de la naturaleza colorista y pródiga de la poesía anterior, enlazando al hombre con su medio. Y con ello, su gran preocupación por el destino de la humanidad, tan ligada siempre a la visión del paisaje, adquiere acento local. Heredia es, por consiguiente, la voz de una sociedad en marcha, voz que persigue esencias de cubanidad, y en cuyo vibrar sin tregua la tierra es omnipresente. Por eso en la descripción breve pero grávida del paisaje nativo se compendia lo mejor de su poesía nacional". Al valorar a Heredia, Portuondo ha señalado que "paciente aún de todos los defectos del pre-romanticismo español, es ya un auténtico poeta cubano que expresa con vestiduras neoclásicas, comunes al patriciado, los anhelos románticos que serán patrimonio de la pequeña burguesía insular, que empiezan a serlo cuando no está él en la isla —ausente desde 1823— para sentir el calor de análogos anhelos confortándolo."

En Heredia hay algo perecedero y algo permanente; de lo primero serían muestra sus tributos a la decadente academia neoclásica; de lo segundo, lo mejor y más afinado de su sentir lírico, cuando funde su yo tembloroso en la naturaleza que le rodea y de la cual más que espectador es parte, por el mismo hecho de la fusión entrañada: a partir de esto entonará el canto másculo a la libertad, aunado al poema amoroso y a la denuncia del solar patrio esclavizado, todo en una pieza, revuelto como en un montón telúrico, que precede a las tempestades. Es un cantor de la tormenta que se avecina; su poesía es el pronóstico de la descarga que electrizará las conciencias. Lo que ha quedado fuera de esto es lo menor y peor del poeta, más allá de las escuelas literarias. Lo demás, es sustancia primordial de la lírica cubana. Cosechó elogios de contemporáneos como Lista y Bello, así como de diversos críticos que publicaban en las revistas *Ocio de los Emigrados Españoles* (1827) y *Correo Literario de Madrid* (1828) y aun de sujetos tan españolizantes como Cánovas del Castillo (quien le dedica tres artículos en 1855) y Menéndez Pelayo, que lo incluye en su *Antología de la poesía Hispano Americana* (1893), aunque significativamente deja fuera sus poemas más notables, entre ellos su "Himno del Desterrado", que fue un canto libertario de amplia difusión durante la primera (1868-1878) y la segunda (1895-1898) guerras cubanas por la independencia.

Sin embargo, con todo lo que se ha dicho y escrito sobre Heredia, aún falta la atención dedicada a varias facetas suyas que van más allá de la poesía: la ya apuntada de crítico literario, la de periodista y publicista, la de legislador y abogado y la de político.

Heredia, el poeta de la palma y la estrella solitaria, el "amante desaforado" de la patria, la mujer y la naturaleza, sometido a la dura condición del exilio lejos de sus paisajes amados y seres queridos, traza una breve y fulgurante parábola en su corta vida de escasos 36 años. Quizá en él se cumplió la fatídica predilección de los amados de los dioses, que ven cortada en ciernes la flor. Quizá el destino de los que abren mundos en medio de la incomprensión general o del apocamiento de los que contemplan su órbita en mullido y cobarde reposo. Lo mejor de su poesía permanece en el sentir libertario de los que sueñan y mueren, coronados con fulgores de tormenta. ◇